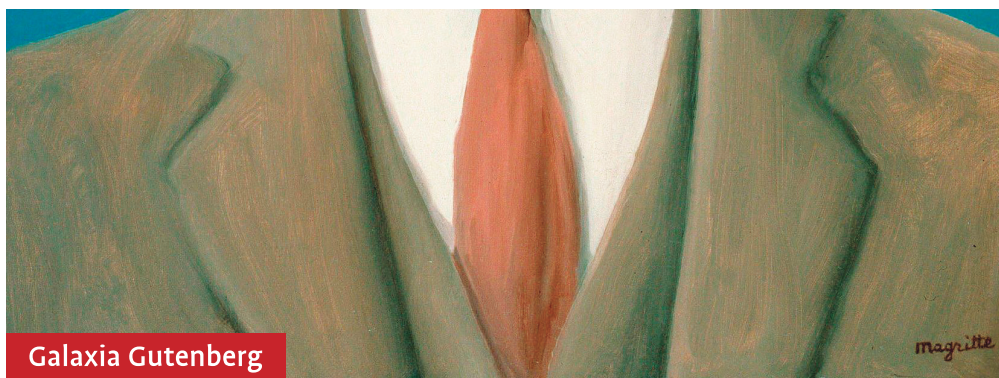




Adolfo García Ortega
El gran viaje



Galaxia Gutenberg

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

El gran viaje

Galaxia Gutenberg

Publicado por
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: noviembre de 2022

© Adolfo García Ortega, 2022
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2022

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls
Pl. Verdaguer, 1 Capellades-Barcelona
Depósito legal: B 12708-2022
ISBN: 978-84-19075-55-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*A la memoria de Umberto Eco,
gran maestro y sabio enredador*

Solo nos commueve lo invisible.

THÉODORE JOUFFROY

Era una vida desmedulada de presente.

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

I

La mañana de Año Nuevo del nuevo siglo me encontraba en Madeira y conocí a Oliver Griffin, español pese a su nombre, quien me abordó en el mirador marino del hotel Carlton con la suavidad de un amabilísimo narrador que me hubiera elegido para charlar un largo rato despreocupada pero confidencialmente. Dibujaba islas, las inventaba, y esta era la práctica que hasta entonces más le había interesado en la vida, según me dijo Griffin cuando empezó a hablarme sin preámbulos de él mismo como si fuésemos dos viejos conocidos, y aunque no lo éramos, claro, hoy reconozco que lo habría parecido a ojos de un tercero y yo lo sentía así, pues la calidez de Griffin me atrapó enseguida como si desplegase la oculta arquitectura de una seducción ascendente.

Práctica esa de dibujar islas –matizó al punto mientras modulaba sus frases con rapidez, pero sin prescindir de una cierta monotonía serena– de la que difícilmente había podido hacer una profesión sin ser confundido con un insensato. Por esa razón se había ganado la vida dando clases de Historia, añadió, pero había terminado por abandonar su dedicación académica cuando una inesperada herencia desde San Francisco le vino a resolver los problemas económicos, igual, me dijo, que al Boulevard de Flaubert.

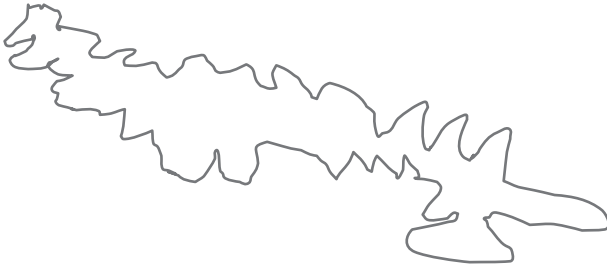
Había dibujado la isla de su obsesión, pues así la definió desde el principio, cientos de veces en estos años. Era un ejercicio para no olvidarla, me dijo, pese a haber sido su inventor, en cierto modo, y formar esa isla parte de él más que de nadie,

por muy real que fuese en algún lugar de este mundo. En los últimos años, sus cuarenta y siete fiordos, sus nueve canales, sus cincuenta y seis cabos, sus ocho golfos, sus veintitrés playas salían una y otra vez de la pluma de Oliver Griffin garabateados en el papel, en cualquier papel, y esto lo hacía también en cualquier lugar, hoteles, bares, trenes, aeropuertos, casas de amigos, salas de espera en consultas médicas, porque era solo eso, un ejercicio para recordar, una práctica mnemotécnica algo extremada, en verdad, que desplazaba rápidamente otros pensamientos.

—Muchos hacen crucigramas, yo dibujo islas, o una isla solamente, por mejor decir.

Llegó a tal pericia, me dijo, que incluso hasta podía dibujarla con los ojos cerrados: alargada, escabrosa, con un relieve como esa suerte de picos y valles de los gráficos de Bolsa o de los sismógrafos alterados, puesta en una posición oblicua, inclinada hacia el oeste, como una torre de Pisa en sentido contrario. Y sobre el dibujo, Griffin situaba de memoria —imaginariamente, me decía, ya que, por mucho que recordara haberla visto en uno de los libros que había consultado en la Biblioteca Nacional, no había conseguido retener las ubicaciones exactas, pese a haber estado allí— los nombres de lugares fundamentales de la isla: el Cabo Deseado, el Cabo Pilar, el Puerto de la Misericordia, la Bahía Beaufort, el Cabo Cortado, el Puerto Churruca, la Caleta Mataura, la Bahía Barrister... Nombres que alimentaban un deseo, que impulsaban un extraño y profundo encuentro consigo mismo al que estaba llamado desde el día en que nació, me dijo, y que aún habría de descifrar en su interior como quien descubre una carta dirigida a él pero escrita en un idioma desconocido.

La isla:



Desde niño, Griffin se había sorprendido siempre dibujando islas inconscientemente. Sabía que esas líneas de perímetro irregular que sus dedos cerraban con extraordinaria lentitud, como si supieran de antemano la dirección que habían de seguir, eran islas y no absurdos círculos fallidos porque determinaba sin titubeos que a su alrededor apareciesen pequeñas rayitas, delgadas franjas horizontales, que daban al contorno la idea del mar, y ese mar, desconocido para Griffin, ajeno en realidad a su experiencia por provenir él, al igual que yo, como le confesé, de una ciudad de tierra adentro, era un mar amenazante e imaginado, envolvente y secreto. Luego, caminando el tiempo, le interesaron los islarios antiguos, coloreados e ingenuos, hasta el punto de buscarlos, comprarlos a elevados precios, admirarlos, estudiarlos, coleccionarlos como si un destino ineluctable le condujese a ellos.

Los islarios le fascinaban, me dijo, porque poseían un inequívoco tono de irrealidad en descripciones y colores. «Y lo tienen todavía, lo sé bien», añadió Griffin, quien, como yo, creía que en esas descripciones existe la misma materia ficticia que en las novelas. Para él los islarios, al igual que los mapas, son textos que leía en su adolescencia con mayor entusiasmo o

ensimismamiento que los libros, porque se figuraba que abrían un telón a la imaginación igual que escenas de una película, y lo hacían fantasmagóricamente mientras el dedo recorría los lugares, los perfiles, los trazados fabricando historias o espejismos, y dejando en él, de todo ello, una sensación que se detenía en su cabeza y me sumergía en un trance satisfactorio y evasivo. Seguro que aquellos islarios correspondían a islas de verdad, pero para Oliver Griffin eso empezó a ser enseguida indiferente; podrían ser islas falsas, inventadas, le daba igual. Las islas, además, según había leído –continuó relatándose–, permanecen a veces invisibles o pueden llegar a serlo. Es lo que les sucede a algunas de ellas, sea esto un mito o no, que quedan perdidas en la geografía de los lugares remotos, bien por un error de cálculo en sus coordenadas, bien porque fueron olvidadas al decaer el escaso tránsito marítimo que tuvieron, y solo existen en la mente calenturienta de marineros enloquecidos, islas que no aparecen en los mapas, de las que nadie ha sobrevivido para relatar los grados y minutos de su longitud y latitud, islas inaccesibles, enfundadas en brumas fantásticas o preservadas por extrañas tormentas en cuyo epicentro, inalterable, permanecen con una vida que crece y se desarrolla al margen del tiempo. Islas imposibles hasta para la historia, como la que describe Cervantes en el *Persiles*, o como la del monstruo King Kong, e incluso como la de Robinson Crusoe: islas invisibles, en fin.

–Esto de la invisibilidad –prosiguió Griffin–, tan importante en mi vida y en mi nombre, ocurrió con mi isla: primero fue ficticia, luego fue real, y luego fue ficticia otra vez. Como mi nombre –insistió en hacerme observar.

Entonces Oliver Griffin se levantó de su silla en el mirador soleado del hotel Carlton en que ambos estábamos frente a un mar azul, y como si se tratase de un hombre extraído de cualquier siglo anterior, pese a no tener más de cincuenta y cinco o sesenta años, se me presentó ceremoniosamente a la manera de Melville, como bien dijo, parodiando el «Llamadme Ismael» de *Moby Dick* con un «Llámeme Oliver», seguido de una afable sonrisa y una mano estrechada tras una ligera y desfasada

inclinación de cabeza. No tardó en añadir que, al igual que las islas que dibujaba, él era un hombre invisible o proclive a ello, y no porque fuese poco sociable, ya que era evidente su amabilidad, sino porque se sentía emparentado con una literaturización de todo en su vida, una cierta marca familiar hereditaria.

—O mejor dicho —dijo él, atajando toda perplejidad en mí—, soy metafóricamente invisible, ya que me llamo igual que el protagonista de *El hombre invisible*, la novela de H. G. Wells: Griffin. Usted lo recordará.

No lo recordaba. Lo que por mi parte, en cambio, recordé en ese momento, por una inevitable asociación de ideas, y así se lo dije a mi interlocutor, fue que Georges Perec, un escritor de mi gusto, quiso rescatarlo para una historia de cine titulada *Vous souvenez-vous de Griffin?*

Oliver, tras admitir que conocía a Perec pero no hasta ese punto, me dijo que, en realidad, su nombre completo era Oliver Ernesto Griffin Aguiar. Su padre, llamado Sean, era un ingeniero irlandés de San Francisco y su madre, Matilde Aguiar, fue la locutora de radio de Madrid más famosa de su tiempo; ambos estaban vivos aún, pero divorciados, y cada cual, desde donde estuviere, pese a su avanzada edad, felicitaba a su hijo las pascuas navideñas, Sean por la mañana y Matilde por la noche.

4

La isla que obsesionaba a Griffin desde hacía años y que llamaba suya era la Isla Desolación, y toda la historia que me contó en Madeira durante aquellos tibios días de enero con que empezaba el siglo en el Atlántico partía, a su vez, del único rastro existente de la vida de otro hombre, real o ficticio, pero sin duda alguna ya invisible, porque de él solo perduraba el nombre, John Talbot, o quizá, me dijo Griffin, solo perduraba su muerte, acaecida muchos años antes, pues eso era lo único que realmente se sabía de él, o al menos lo único de lo que Herman Melville quiso dejar constancia en el capítulo VII de

Moby Dick. Allí pone en boca del narrador, Ismael, lo que estaba escrito en una de las lápidas de mármol con bordes negros incrustadas en la pared, a ambos lados del púlpito, en la capilla de New Bedford, la Seamen's Bethel, que aún hoy existe en la Bethel Street de Nantucket:

CONSAGRADA
A LA MEMORIA
DE
JOHN TALBOT
Que, a la edad de dieciocho años,
se perdió en el mar,
cerca de la Isla Desolación,
a la altura de Patagonia,
el 1 de noviembre de 1836.
SU HERMANA
Dedica a su memoria
ESTA LÁPIDA

«En la misma New Bedford se yergue una capilla de los Balleneros, y pocos son los malhumorados pescadores, con rumbo al océano Índico o al Pacífico, que dejan de hacer una visita dominical a ese lugar», citó Griffin a Melville como en trance, porque como en trance –reconoció– había entrado tiempo atrás después de leer aquella página de su novela preferida (y releída), porque las palabras que componían aquel nombre, Isla Desolación, dieron sentido a toda la vida anterior y habrían de dársela a su vida posterior, como bien me iba a relatar aquellos días.

Me contó que había buscado esa Isla Desolación en mapas, islarios, bibliotecas enteras, pero ¿cuál de las tres islas de la Desolación que hay en el mundo era la de ese Talbot? Empezó a inventársela, aunque Melville especifica que existe en la Patagonia; bien podría ser la Isla de Tristán da Cunha, también llamada de la Desolación, frente a las costas patagónicas. La

suya, la que después ubicaría en la salida occidental del Estrecho de Magallanes, apareció de improviso, por error, sin querer referirse a ella. Mas esa isla, quién se lo iba a decir, tenía ya de por sí extrañas vinculaciones con su vida, y sencillamente, el que se detuviera en la lectura, al encontrarla en *Moby Dick*, no era más que un afloramiento, una epifanía natural dentro del orden de su existencia, que tarde o temprano iría a llegar.

5

La casualidad o el destino quisieron que esa isla que Griffin leyó, invisible para él, que se sentía también un hombre invisible, fuera la misma isla «de su abuelo», así llamada legendariamente durante años en su familia. Se trataba de la misma Isla Desolación en la que apareció un extraño y fantástico monstruo inerte desde hacía quinientos años. Así lo recogían los titulares de la prensa de la época en que fue hallado, con la que se hizo el abuelo Arnaldo entonces y que aún su nieto Oliver conservaba. En los artículos tildaban de monstruo, así, sin reparos, a aquel ser inaudito. En realidad, aquel cuerpo o cosa surgida de la nada era un objeto metálico con forma pretendida de muñeco humanoide, que se había encontrado cerca de Cabo Cortado, en la citada Isla Desolación, en 1919, y que Graciela Pavić, su descubridora y cuidadora del Museo Salesiano de Punta Arenas, estuvo recomponiendo y limpiando durante años hasta dejarlo en el estado presentable que aparece en la foto que se hicieron los abuelos de Griffin, Arnaldo e Irene, en su visita a ese Museo cuando llegaron allí, en su luna de miel por el Estrecho de Magallanes. Un viaje que habría de llevarlos hasta Valparaíso, destino también del barco que muchos años después de aquel viaje de novios le llevó al propio Griffin, como luego me contó. Pero antes, hizo una larga pausa que a otro que no fuera yo podría parecer de silencio despectivo.

Me pasó entonces la foto en la que los abuelos maternos de Griffin, resplandecientes, sonríen a la cámara abrazando por uno y otro extremo, como a un amigo, a esa especie de autóma-

ta de metal con apariencia de guerrero desfigurado, rostro inquietante y mirada fija. Estuve largo rato contemplando absorto a aquellos seres extraños que no significaban nada para mí.

Era una foto que había acompañado a Griffin toda la vida, según me dijo regresando de su silencio. Una foto que había estado esperando el momento justo de exponer por fin toda su profundidad para contar su historia. Parecía que siempre hubiera permanecido estática en ese punto de incitación al viaje del que habla Baudelaire, y que, cuando leyó Griffin aquella lápida en la novela de Melville, había llegado su ocasión. Esa foto había sido para Griffin la puerta de algo extraño que se había cerrado alguna vez, muchos años atrás, cercenado, confinado en una orfandad inexplicable, durmiendo entre mazos de fotos de primos, hermanos, hijos, parientes, bodas, viajes, monumentos, y había llegado a la vida de Griffin por azar, no recordaba bien cómo, tal vez porque se cayese al suelo al ir a sacar una caja de un armario, pero el caso era que había llegado a sus manos y la había retenido como si la hubiera esperado siempre, porque le pareció una foto callada, sutilmente adecuada para inducir al misterio y al deseo, llevándolo enseguida a imaginar de manera constante un lugar mítico, un lugar inexistente y ficticio hasta hacía poco menos de un año, cuando decidió reproducir el viaje de sus abuelos. Un lugar ese que le atraía sobremanera y del que, hasta entonces, le había faltado la llamada oportuna, la excusa final para dar sentido a lo que estaba escrito en el reverso de la foto y que en su juventud fue motivo de un extravagante y sinfónico exotismo, como dicen los versos de aquel poeta marino, Brauquier: «para nosotros que no hemos visto nada, hay en el mapa del mundo nombres de ciudades que flotan en los labios como olores exóticos». Entonces Griffin me mostró el revés de la foto y pude leer lo que tal vez escribió su abuelo o quizá su abuela: «Punta Arenas, 1923. Museo Salesiano Regional. Muñeco de la isla Desolación, abandonado durante quinientos años. Da miedo».

—Cuando llegó esa foto a mi poder —dijo Griffin—, yo ya amaba las islas y las dibujaba en mi juego de inventor de lugares. Hasta que también la foto acabó por ser invisible. La invi-

sibilidad se convirtió en un factor que, al igual que la foto, sobrevolaba mi infancia y mi vida toda: llamarse como el Hombre Invisible es una carga pesada y una herencia que no sabía adónde conduciría.

6

Griffin, resuelto a no dejar caminos sin recorrer en su relato e indiferente al estruendo de la vida diaria de Funchal en que nos zambullíamos mientras conversábamos, me contó que su abuelo Arnaldo, con el tiempo, averiguó algo más de aquella Graciela Pavić. Aunque sus abuelos no volvieron a Punta Arenas, se cartearon con aquella mujer de vez en cuando, ya que debieron trabar una cierta amistad durante los días que permanecieron en el Estrecho de Magallanes mientras hacía escala su barco, el *Santander*. Supieron por la propia Graciela que todos los días bajaba al puerto y se dirigía hasta un lugar de la ciudad desde donde se divisaba toda la Bahía Catalina, en cuyo seno habían perecido su marido y sus dos hijos dentro de una chalupa de pesca. Aquello había ocurrido un día de verano de 1918. El hombre, Arturo Bagnoli, había zarpado con sus dos pequeños, de siete y nueve años, para arrancar moluscos de las rocas accesibles en la costa norte, como hacían muchas veces muy arrimados a tierra y sin peligro, pero ese maldito día de mar rizada las corrientes arrastraron la chalupa hasta el centro de la bahía y estalló una tormenta que hizo volcar enseguida la frágil embarcación. Encontraron los escasos restos de la barca por el sur, en un cabo al inicio de Bahía Inútil, pero los cuerpos no aparecieron nunca. El dolor de perderlo todo aquella mañana de verano tormentosa se abatió sobre Graciela, quien emprendió durante los años siguientes un largo peregrinaje discontinuo por islas, calas, bahías, puertos, grutas, rebuscando en toda la difícil costa del Estrecho los cuerpos de su marido y de sus hijos. Lo único que halló fue aquel autómatas, a cuyo cuidado se entregó como si fuese un ser querido que había salvado de la pena de muerte, de la descomposición y los gusanos.

Mansa y melancólica, Graciela Pavić escribía a los abuelos de Griffin largas cartas en las que fue detallando la desesperación a que se vio abocada cuando comprendió que, por mucha obstinación que pusiera en sus andanzas y por mucha fe que tuviera cada mañana al mirar las fotos de su marido y de sus pequeños, jamás los encontraría; habían muerto y con ellos ella misma, pues cada día que le quedase entonces de vida solo sería un día vivido hacia atrás, en la carrera más desesperada que se puede imaginar para reconstruir en el recuerdo todos y cada uno de los momentos del pasado compartido.

Oliver pensó siempre en Graciela Pavić, o más bien se la inventaba al pensar en ella, pues era obvio que no la había conocido, y la convertía en el símbolo de la desolación, la real, ya que, tal como me dijo, etimológicamente desolación era ausencia de consuelo, del *solacium* latino, o ausencia de placer, si nos basáramos en el derivado del occitano antiguo, aquel *so-latz* que todos los trovadores habían cantado desde el primero de ellos. El vacío es la desolación, añadió Griffin ensimismado, porque es el lugar desierto, donde la agresiva devastación, como se llama agresiva a una enfermedad, lo llena todo y desnubre la vida y reseca los brotes más pequeños de esperanza. Así sería el alma de Graciela Pavić mientras iba cala por cala, isla por isla, rincón por rincón, buscando a sus hijos muertos, sin nada dentro de sí misma salvo la soledad imitada de aquel paisaje en el que, de pronto, un brillo apagado, roñoso, triunfó entre las olas, y no fue sino el destello del cuerpo de un muerto metálico que siempre fue construido como muerto para dar miedo a cormoranes, gaviotas, indios ingenuos y marinos miopes en mitad de aquellos acantilados.

7

En Funchal solía yo quedar con Griffin en un café de la Avenida Zarco, nombre del fundador de la ciudad, frente al palacio del Gobierno Regional. Luego, si no nos desalentaba la lluvia, andábamos hasta la Fortaleza do Pico, y de camino, pese al

resuello a causa de lo empinado de la subida, Griffin no dejaba de hablar y de contar historias que no siempre eran su historia. Se maravillaba de Madeira, y sabía cosas de la isla que nadie o casi nadie conocía.

—Aquí —dijo Griffin al pasar por delante de una de las casas bajas de piedra adosadas a una iglesia, la de Santa Clara—, estuvo retenido y amenazado por sus hombres el gran marino, por no decir pirata, Carteret.

Refirió que Carteret pertenecía a la expedición de otro pirata y también marino llamado Wallis, cuando llegó a Madeira con la intención de reparar su barco, el *Swallow*. Pero por razones desconocidas, tal vez la falta de oro, Carteret decidió interrumpir los arreglos y zarpar tal como estuviera el buque. Nueve hombres se sublevaron y lo llevaron a punta de espada hasta esa casa, desde la que vigilaban la bahía, pero Carteret los convenció de que depositaran las armas, rodeados como estaban por los fieles de su tripulación, y juró, según dicen, clemencia con los rebeldes. Al final, todo fue un engaño y a los nueve hombres los colgaron del palo mayor después de descoyuntarles todos los huesos.

Esta historia de Carteret y Wallis impresionó a Arthur Conan Doyle, según Griffin, cuando estuvo por Madeira en el invierno de 1881, aunque seguramente ya la conocía antes de venir a la isla. Sin embargo lo que realmente sorprendió a Conan Doyle fue ver el extraño fenómeno de un arcoíris lunar en la bahía, algo que Griffin vio una noche, al contemplar, desde el extremo del malecón, toda la ciudad encendida, casa por casa, a lo largo de la ladera de la montaña en la que está ubicada Funchal.

8

En lo alto del castillo, el famoso Pico, solíamos detenernos Griffin y yo largo rato mirando desde sus murallas toda la ciudad abajo, la playa hasta la Barreirinha, el puerto de la Marina, para yates y balandros, y el fondeadero de grandes bar-

cos cerrado por el largo y atestado muelle de Pontinha. Griffin, en una de esas excursiones que solían acabar en un comedor de pescadores de la Rua da India o en los restaurantes para turistas que copaban el Cais Novo, me empezó a contar su propio viaje, o en realidad abrió un torrente de historias y de seres que se encadenaban y que parecían ir contra el tiempo, pues lo desbordaban y siempre transcurría extraordinariamente rápido para mí al lado de aquel hombre singular, inventor de lugares, como se definía, y de vidas enteras para esos lugares.

Una mañana en que llevábamos bebidos dos cafés con hielo en el bar de los Ingleses, cerca de la catedral, sin decidernos a emprender la marcha hacia algún lugar de los habituales, Griffin me contó que, hacía unos cinco años se hallaba allí mismo, en Funchal, en el hotel Calcamar de la Rua dos Murças, esperando a Afonso Branco, el capitán de un mercante que se llamaba *Minerva Janela*. Su problema era que había pactado la travesía con Branco, mediante correspondencia con su compañía naviera, para iniciarla desde Lisboa, pero se retrasó y el *Minerva Janela* partió sin Griffin. Le sugirieron en el puerto que, ya que había pagado por adelantado el viaje, tomara un avión hasta la siguiente escala del barco y allí lo esperase.

—Eso hice —dijo Griffin—, pero llegué cuatro días antes de que atracase el barco en la isla.

En ese tiempo se enamoró de Madeira y de esta ciudad, Funchal, con este nombre tan hermoso y sonoro, cuya procedencia, como leyó en alguna obra del botánico Casimiro Ortega, es el nombre de una variante del hinojo llamada *Foeniculum vulgare*, que crecía en las riberas de la isla en 1707, cuando por lo visto otro botánico, Hans Sloan, lo encontró en estas tierras. Deambuló por las escolleras de bloques de granito que bordean casi toda la cara de la ciudad que da al mar, mientras la otra es una ciudad prácticamente vertical, pendientes y calles que son auténticas rampas. Muchas horas había pasado en ese malecón, sentado en el extremo del muelle rematado por una baliza rayada de cilindro blanquirrojo, viendo zarpar los barcos, de todo tipo, los mercantes, los portacontenedo-

res, los cruceros rusos, los balleneros japoneses, los basureros de las islas.

–Y de aquellos días –dijo Griffin– podía decir, como Paul Morand, que en verdad los puertos no tienen poesía, o en todo caso es algo que inventaron los sedentarios, pues el puerto de por sí es sucio y plagado de inmundicias, sin más belleza que la que aporta el viajero que desea vivir en ellos situaciones de ida o de llegada, sueños en definitiva, porque la única realidad de los puertos son los barcos, y hoy creo que el puerto de verdad es aquel que puede concebirse desde el mar y no desde la tierra.

Hizo un breve silencio. Luego prosiguió su relato. Recordaba otro buque en el que estuvo a punto de embarcarse, ya que iba también a Valparaíso, el mismo destino del *Minerva Janela*. Se llamaba *Soliman*, un mercante arenero negro y oxidado por todas partes, pero le desalentó que previeran una navegación bastante más larga que la del *Minerva Janela*; además el capitán, un filipino, no le inspiró ninguna confianza.

–Le parecerá curioso –me dijo–, pero era todo un personaje de las novelas de Salgari, tuerto y desdentado.

Cuando por fin llegó el *Minerva Janela*, Griffin estaba, como cada día, en el puerto. Llevaba en su vientre una gran bodega, troncos enteros de árboles de África, maderas de Nigeria, Senegal, Sierra Leona, y por todas partes, alzándose varios pisos, columnas de contenedores, altas como edificios y amarradas por cadenas y maromas.

De pronto, Oliver Griffin interrumpió su conversación y se despidió de mí en la confianza de que al día siguiente pudiéramos volver a vernos. Aturdido aún por lo abrupto de aquella interrupción, apenas si asentí, quedándome en el sitio un buen rato aún, casi paralizado y con todo el día por delante irremisiblemente vacío sin la plática envolvente de aquel individuo.

9

Un día más tarde volví a encontrarlo en el mismo sitio donde lo dejé, el bar de los Ingleses, y su conversación, sin que nada

más que un breve saludo mediara entre nosotros, se inició con idéntica locuacidad.

—Sin duda —dijo Griffin, iniciando su ya para mí familiar abstracción—, de quien más aprendí acerca de Funchal fue de John Byron.

Se refería al abuelo del famoso poeta. En su expedición, tal como Griffin leyó en el libro que el marino escribió posteriormente, Byron avistó Madeira el 14 de julio de 1764 y nada más tomar tierra le agradó la tibieza primaveral de su clima y los vivos vientos que la barrían a determinadas horas, pero a renglón seguido, cuando habla de las virtudes de la isla, lo que más celebra Byron son las conservas de naranja y las mermeladas de sidra, y el aroma de violetas azucaradas que le invadió al poco de dejar atrás el nauseabundo olor del puerto. Como Griffin había visto que sucede a los más duchos marinos, cuando estos están en tierra se sienten sonámbulos que zarandea la salvaje naturaleza, y así Byron por todas partes se maravillaba de los frondosos árboles de Madeira, en especial de los laureles de color rojo, como el famoso vino de la isla, y curioso como era de natural, y dado además que su mayor afición científica era la botánica, de moda en el siglo XVIII, dejó el barco en manos del segundo oficial y, acompañado ni más ni menos que por una monja que tenía, según Byron, libertad de hablar con extranjeros, dedicó varios días a estudiar la hoja lisa de aquellos *Laurus magnoliifolia maderiensis*, cuyo nombre era débito de Lamarck, su amigo y experto botánico en Kew, o también la carnosidad fibrosa de la *Caladium*, planta con dos colores en sus hojas, carmesí en el interior y verde botella en los bordes, que incita a ser mordida y que al punto produce una sensación de absoluta sequedad abrasiva en la boca, como describió el propio Byron, dijo Griffin.

IO

Por mi parte, ante aquellas derivas tan absorbentes por las que Oliver se adentraba de pronto, fabuloso y salvaje, traté algunas

veces de volver a lo que yo creía que era el relato principal, el viaje del propio Griffin al Estrecho de Magallanes. Mas nada se debilitaba en él; al contrario, como al otoño sigue el invierno y a este la primavera, en cada fragmento de su historia renacía a continuación un brote nuevo de una historia nueva.

Así fue como supe que el *Minerva Janela* –según me ilustró Griffin cuando le vino en gana, pero ya caminando hacia el bar del hotel Sheraton por el Jardín del Casino– era un mercante de 480 toneladas y ciento veinte metros de eslora. Durante algunos meses fue su hogar, o mejor dicho su mundo, y desde entonces, desde que dejó aquel barco y regresó a la vida tal cual era antes de su largo viaje, lo invadía una extraña melancolía y el recuerdo insistente y cálido de todos los que fueron sus compañeros en la travesía hasta llegar a la Isla Desolación.

–El barco es algo vivo –dijo de pronto Griffin en el bar del Sheraton–, por eso puede llegar a tener un cárdeno aire triste, como de foto ennegrecida a propósito, y cataclísmico cuando se le ve desde tierra, y en cambio exhalar una vibrante vitalidad desde el mar, como el sudor de un deportista.

Me confesó que era imposible ya para él olvidar la mañana del día de hacía cinco años en que vio al *Minerva Janela* amarrado a los bolardos del espigón de Pontinha. Era la imagen de algo indomable que le ocultaba perezosamente su totalidad, igual que una persona con la que se acaba de entablar un conocimiento en verdad nuevo. «Veinte metros y medio de manga, seis de calado, dieciocho nudos de velocidad cuando iba a toda máquina», recitó Griffin indicándome con la cabeza la dirección del puerto donde se podían ver barcos similares. «Su velocidad puede crecer todavía si el viento lo empuja.»

Aquella mañana, pues, el *Minerva Janela* parecía dormir, en espera de una palabra, de una orden, de un aviso. Respiraba, si esto puede decirse de un barco en un puerto, aunque Griffin estaba seguro de que eso es justamente lo que hacen los barcos en los muelles, respirar como cuando nosotros soñamos. Su casco tenía regatos de óxido por todas partes, pero no aparentaba abandono sino tan solo uso, sobre todo por el es-

cobén del ancla, y no era hermoso, más bien le producía a Griffin impresiones desagradables o a lo sumo asimétricas con su ánimo, de imprevista vulnerabilidad, aunque enseguida la superó al ver el moderno caparazón plastificado del Sat Nav para la conexión por satélite, que llamaba la atención por su pulcro gris claro y su forma aerodinámica. Los contenedores apilados ocupaban, por su tamaño, buena parte de la visión del barco, cada uno de un turbio color anaranjado, roñosos en general, pero todos desgastados y con abolladuras. Un perro le ladró desde cubierta, dándole la bienvenida o quizá por el contrario tratando de amenazarlo, Griffin aún no lo sabía.

I I

Cuando volví a ver a Griffin, unos días más tarde, en el restaurante Os Combatentes, de la Rua Ivens, me abordó inmediatamente, como si no nos hubiéramos separado ni un minuto, para contarme una experiencia de su infancia.

—Fue en 1955. Tenía tan solo siete u ocho años. Nunca olvidaré ese día —dijo Griffin, achicando la voz antes de una pausa—. Llegaba tarde a clase y los pasillos largos y las galerías vacías del colegio me producían una angustiada sensación en la que se mezclaban la culpa y el desamparo, sentimientos que siempre, cuando los analicé años más tarde, he atribuido a aquellos retrasos, frecuentes en esa época y supongo que debidos a la ineficiencia de mi madre al despertarme y darme el desayuno, la poderosa sensación de estar segregado, separado del resto de mis iguales, de mis compañeros, de los demás seres humanos en general, pues además mi nombre reafirmaba la diferencia, cuando no el rechazo, y no me refiero al hecho de que se me emparentase con el Griffin de Wells, esa invisibilidad que me literaturizaba, porque aún ni yo, ni nadie de mi entorno supongo, habían leído o sabido nada del escritor inglés, sino que aludo al hecho de que mi apellido era extranjero, y en aquellos pasillos silentes se agudizaba para mí una despreciable sensación de extrañeza, cercana a la pesadilla si no fuera

porque la certeza de estar muy despierto me acompañaba en todo momento mientras llegaba a la clase.

Recordaba Griffin que llamó a la puerta y alguien, a quien no vio, abrió. A la vez que la hoja de la puerta desaparecía, entraba en su campo de visión algo inaudito, pues ya no tenía delante de él las habituales hileras de pupitres con sus compañeros de clase sentados y atentos, sino un orden nuevo en el que se habían alterado esas filas y encima de los pupitres se había dispuesto todo tipo de animales disecados. Allí había varios lagartos y serpientes de todos los tamaños, dos cocodrilos enormes sostenidos en el aire por varas de hierro, aves bajas como pollos, aves de colores como faisanes, aves regordetas, aves zancudas, una especie de cordero con dos cabezas, tortugas de las Galápagos y otras minúsculas como uñas, frascos con batracios, decenas de cajas llenas de mariposas, otras con *cocullos* o insectos de la luz, otras con los venenosos alacranes de la Tierra del Fuego, y en su puesto vacío le esperaba la pieza que el profesor le había asignado, el pájaro niño de la Patagonia o perdiz de Chile, «hallado en la ribera norte del Estrecho de Magallanes», como rezaba un pequeño rótulo encolado a la base de madera con letras escritas en esmerada caligrafía con tinta china marrón. De este pájaro disecado escuálido, deslucido y de plumaje áspero, se acordaría luego cuando vio la foto de sus abuelos con el autómata de la Isla Desolación, y luego muchas veces había pensado en el cúmulo de coincidencias que le arrojaba a aquel remoto lugar del mundo y cómo una de ellas, sin duda, era ese pájaro niño de la Patagonia disecado que le aguardaba como inequívoca muestra de que el destino tiende sus redes y termina cobrando su presa, ya para bien, ya para mal, dijo Griffin.

I 2

Esas piezas provenían del Museo de Ciencias Naturales de la ciudad, continuó, prestadas al instituto con rango de acontecimiento y excepción festiva para que pasaran de clase en clase

por esas fechas, y pertenecieron a la famosa Comisión Científica del Pacífico, de Almagro y Jiménez de la Espada, personaje este último notable como pocos, la cual, después de una gran exposición en la estufa del Botánico, allá por el mayo de 1866, decidió repartir la colección de fauna sudamericana por varias ciudades españolas, yendo a parar así a Sevilla, Valencia, Barcelona, Valladolid y Madrid, desde donde, casi cien años más tarde, irrumpieron en la vida escolar de Griffin.

—No puedo por menos que reconocer que aquella mañana de 1955 volvió a conformarse en mí la idea de la foraneidad, es decir, la idea punzante de viajar, de salir a recorrer mundo, de ser otro, y que formaba parte —dijo Griffin—, del aliciente nacido en las novelas que leía en ese tiempo, lector sin duda precoz.

Con los años acabó por incubar aún más esa idea, y las lecturas crecieron hasta extremos insospechados, hasta el punto de pasar a formar parte del tejido de coincidencias que ha venido presidiendo su vida. Así, en 1978 volvió a encontrar piezas disecadas de la Comisión Científica del Pacífico donde menos podía imaginar, pero a donde había ido por razones literarias, es decir, por su larga fascinación por Gustave Flaubert, su favorito. Encontró una pareja de aves de la Patagonia disecadas, muy parecidas al pájaro niño hallado en su pupitre escolar en 1955, en el Museo de Historia Natural de Ruán, donde se hallaba en busca, por puro fetichismo, de un loro del Amazonas que hubo alquilado Flaubert por un tiempo como modelo para su Loulou, en *Un coeur simple*. El loro, junto con otras aves americanas disecadas, estaba en lo alto de una estantería en un estrecho desván del Museo, y precisamente allí, a la altura de su propia mirada, entre los muchos pájaros que había, se topó con esas aves patagonas que llevaban una etiqueta atada a una pata con un cordel en la que alcanzó a leer «Comisión Española del Pacífico, 1862-1866».

—Parece increíble, pero es absolutamente cierto —afirmó tajantemente Griffin antes de continuar con Flaubert, refiriéndose de pronto al viaje a Oriente que este hizo con su amigo de juventud Maxime Du Camp.